John KAY
The Truth About Markets. Their Genius, their Limits, their Follies
London, Allen Lane, 2003, 478 pp.
[Versión norteamericana: *Culture and Prosperity. The Truth About Markets, why some nations are rich but most remain poor,* New York, Harper-Collins, 2004, 420 pp.]

En el último párrafo del libro, su autor señala que éste va dirigido a quienes piensan que es mejor una comprensión parcial de una realidad compleja que la reafirmación de explicaciones universales falsas. Es decir, absténganse de leerlo los fundamentalistas, de cualquier signo, porque no les servirá de nada. En cambio, aquéllos interesados en aprender Economía, cualquiera que sea su formación, harán bien en hacerlo. Los principiantes encontrarán una excelente introducción no sólo a la Economía, sino también a la Historia Económica, tanto de los hechos como de las ideas. Para quiénes ya sepan Economía, el libro de John Kay les aportará una interpretación crítica y realista de la disciplina y les ayudará a entender los problemas económicos más relevantes, de la actualidad y del pasado, así como a situar las teorías económicas en su contexto histórico. Esta obra nos presenta, con una claridad argumental meridiana y una redacción muy entretenida, una explicación de todos los problemas económicos relevantes que se han planteado los economistas desde Adam Smith, así como de las teorías económicas establecidas para explicarlos. La pretensión última del libro es demostrar que la verdad de los mercados es mucho más compleja que el simple mecanismo propuesto por la ortodoxia económica, de raíz neoclásica, impuesta por el "consenso de Washington" —es decir, Estados Unidos y el FMI— y centrada en el *American Business Model (*BAM). Y, en mi opinión, lo consigue plenamente.

John Kay (www.johnkay.com) fue educado en la tradición de la Ilustración escocesa, y eso se nota. Aprendió lo que se llamaba *Political Economy*. Luego se impuso el término *Economics*, en un intento de acercar, al menos semánticamente, la Economía a las ciencias formales (en inglés, acabadas en el sufijo *ics*) alejándola de las ciencias sociales y biológicas (acabadas en *y*) y de suprimir el adjetivo *Political,* considerado poco científico. Pues bien, Kay piensa que los sistemas económicos están encastrados de tal manera en el contexto social y político que no se puede prescindir de aquel adjetivo. Kay no sólo recupera el nombre de la ciencia económica de la tradición clásica, sino también su metodología; particularmente, vuelve a considerar a la historia como una de las bases de la Economía. Devolver a los economistas la memoria histórica, que perdieron hace tiempo con el formalismo neoclásico, es uno de los aciertos del libro. Además, Kay es un tanto escéptico con respecto al abuso de las matemáticas en Economía. La utilización de las mismas es, desde luego, imprescindible y conveniente, pero piensa que se prima excesivamente su uso, por lo que frecuentemente las matemáticas empleadas por los economistas son redundantes. Una de las virtudes de este libro, dados los tiempos que corren, es que no utiliza ninguna fórmula ni modelo mate-

mático. Al autor no le hace falta. Explica con argumentaciones sencillas y literarias prácticamente todos los modelos económicos importantes. Kay piensa que, probablemente, el futuro científico de la Economía está más relacionado con la biología que con las matemáticas o la física. En la medida que el avance de aquélla permita conocer mejor las bases evolutivas y neurofisiológicas de la psicología, la Economía podrá aprender más sobre el comportamiento de los individuos y las organizaciones, algo imprescindible dada la simpleza de las supuestos sobre el comportamiento de los agentes económicos de la economía convencional. En este punto, dentro de la excelente bibliografía utilizada por Kay, se echan en falta las obras de G. M. Hodgson (*How Economics forgot History. The problem of Historical Specificity in Social Science*, London, Routledge, 2001) y E. R. Weintraub (*How Economics Became a Mathematical Science*, Durham, Duke University Press, 2002), cuya lectura también es recomendable.

Aunque el objetivo declarado del libro es explicar los problemas económicos actuales, la Historia está presente a lo largo de todas sus páginas. Se trata de un manual de Introducción a la Economía que representa una nueva corriente, desarrollada particularmente en Gran Bretaña. El último título representativo de la misma podría ser el de R. Layard (*Happiness. Lessons from a New Science*, London, Allen Lane, 2005).

Que el contenido del libro de Kay es una auténtica novedad se aprecia con sólo mirar el índice, que, junto a los enlaces a las lecturas recomendadas en el libro, puede verse en la dirección http://www.TheTruthAboutMarkets.com. En primer lugar, se plantea los problemas económicos, que no son los que machaconamente nos repiten los "bustos parlantes" de Bloomberg TV, y el análisis de la realidad de los mercados, que no son sólo "los mercados financieros". En la versión americana del libro, este capítulo se ha cambiado por otro titulado "Una postal desde Francia"; ambos son muy divertidos. Otro cambio importante es que se ha suprimido la parte sexta, que era la más crítica con el BAM. La versión americana presenta más novedades, para ajustarse al gusto de aquella sociedad, lo que revela hasta qué punto conoce Kay la realidad de los mercados. El libro presenta, enseguida, unos cuadros y gráficos para explicar las macromagnitudes básicas de los principales países, y luego se pregunta por qué las naciones ricas se hicieron ricas. Advierte Kay que la respuesta no puede ser simple y que hay que buscarla en la historia, empezando por el principio. En este caso, con el análisis del surgimiento de las economías agrarias y del desarrollo de la revolución industrial. Kay señala que los avances económicos de la humanidad fueron consecuencia de la evolución conjunta, e interdependiente, de las instituciones económicas, los desarrollos sociales y las innovaciones tecnológicas. En la misma, cada etapa del desarrollo económico se apoya en la anterior y es la base de la siguiente. En la explicación del crecimiento económico moderno, Kay nos recuerda la importancia de la historia y también de la geografía. Su metodología presenta constantemente la comparación de casos contrapuestos para obtener lecciones, como la influencia de las instituciones para explicar el diferente éxito económico de los países de habla inglesa y de los de habla hispana, incluida España (que, según Kay, de los países que en 1820 tenían

una productividad superior a la mitad del nivel británico, es el único que actualmente no está entre los ricos; aquí se olvida de Irlanda). También hace unas comparaciones históricas muy didácticas; por ejemplo, el análisis de los dos imposiciones por la fuerza del BAM en Japón por parte de los Estados Unidos, en 1854 y en 1945. En fin, las naciones ricas son ricas porque han seguido un proceso de evolución institucional que ha tenido lugar durante siglos e incluso milenios; la evolución de las instituciones de mercado ha tenido lugar simultáneamente con cambios en la tecnología, la ciencia, la cultura, la política y la organización social. No hay modelos de crecimiento que sirvan para todos los países, ni las instituciones se pueden imponer a una sociedad en un corto espacio de tiempo y sin una flexibilidad para adaptarse al contexto local. Al contrario que en la historia política, en la historia de las economías de mercado es difícil encontrar héroes, según John Kay, aparte de los inventores de tecnología, como lo fue su homónimo que inventó la lanzadera volante. Pero es difícil saber quién descubrió la agricultura, los seguros, la banca o las sociedades anónimas. En su opinión, nadie descubrió estas instituciones; sencillamente, evolucionaron. Para mostrar estas cuestiones, Kay analiza la evolución histórica de las transacciones, los contratos y las reglas de juego, como los cercamientos o la responsabilidad limitada. En todos estos análisis, Kay nos muestra sus grandes conocimientos de Historia Económica y Empresarial, términos para él redundantes, pues considera que la distinción entre *Economics* y *Business* es artificial.

La parte segunda la dedica al estudio de la estructura de los sistemas económicos, con un planteamiento muy abierto. Estudia la producción y el intercambio, indicando algo obvio: en la mayor parte de la Historia, y del mundo actual, la principal actividad económica es la producción de alimentos para el autoconsumo. También analiza la especialización y capacidades empresariales, y el comercio internacional (a pesar del modelo de Ricardo sobre las ventajas del comercio internacional, los países ricos han sido reacios a confiar en dicha teoría) y los mecanismos de asignación de los recursos, centralizados y descentralizados, resaltando cuestiones relegadas en otros manuales, como la compatibilidad de incentivos o los comportamientos estratégicos, tanto en la política como en los mercados. Todo ello con ejemplos reales de los países comunistas y capitalistas, y de empresas históricas y actuales; así como con un concienzudo repaso a las teorías del caos, del orden espontáneo y del *path-dependency*.

En la parte tercera estudia concienzudamente los mercados perfectamente competitivos, con sus modelos básicos, de Pareto a Arrow-Debreu. En la cuarta, analiza los desarrollos neoclásicos: la escuela de Chicago, Nash, Luckas, Coase y los intentos de imperialismo económico de esta escuela hacia otras ciencias sociales, que no considera racionales. En este punto hay afirmaciones que ya han levantado polémica; por ejemplo, esta escuela, que está en las raíces del BAM y de la "derecha económica", ha resucitado la idea, defendida antaño por Marx y la izquierda, de la inevitabilidad histórica y del determinismo económico. Siendo todo él interesante, lo más novedoso de este libro empieza aquí, justamente donde todos los manuales de economía acaban.

Los denominados "fallos del mercado" son, en realidad, fallos del "mercado perfectamente competitivo". Lo que falla es el modelo de Arrow-Debreu, pero no los mercados reales. En el resto del libro, Kay analiza, precisamente, cómo las instituciones sociales y económicas se las arreglan para solucionar esos problemas, que no aparecen en el modelo competitivo porque se dejan fuera para facilitar el análisis, gracias a una serie de supuestos, implícitos o explícitos. En los siguientes capítulos del libro, Kay trata de responder a las preguntas que la economía neoclásica no incluye en el análisis: 1) ¿qué sucede cuando los individuos no son maximizadores egoístas de utilidad?; 2) ¿qué ocurre cuando la información sobre los productos es imperfecta?; 3) ¿qué sucede cuando las actitudes ante el riesgo son inconsistentes o irracionales?; 4) ¿de qué manera las economías de mercado consiguen alcanzar comportamientos cooperativos, en lugar de egoístas, en las familias y las empresas?; 5) ¿cómo es posible la coordinación espontánea en los mercados, demandada por las interdependencias tecnológicas, tales como las redes o la estandarización?; y, 6) ¿cómo las economías de mercado generan nuevos conocimientos? El análisis de las respuestas de los "mercados reales" a estas preguntas, ausentes en los manuales convencionales de Economía, son tremendamente ingeniosas y técnicamente bien documentadas en teorías y datos empíricos, actuales e históricos. Pero aquí no tengo ya sitio para resumirlas.

Sólo diré que, en la parte quinta, Kay explica por qué las naciones pobres siguen siendo pobres, y que en ella hace un excelente repaso a las teorías del crecimiento económico, de todo tipo y condición. Hace una reivindicación de los modelos históricos, empezando por el de Rostow. Sostiene que los modelos de crecimiento económico han prestado poca —más bien nula— atención a la Historia Económica y se han centrado en las formalizaciones económicas y matemáticas. Las únicas variables consideradas han sido la tecnología, el trabajo y el capital, dando por supuesto que la tecnología y el capital podrían importarse por los países atrasados. El desprecio por la Historia les ha llevado a un callejón sin salida, en el plano teórico y práctico. La utilización eficiente de la tecnología requiere un contexto histórico adecuado. El fracaso de los modelos de crecimiento es explicado por Kay porque la aplicación de capital y tecnología en los países atrasados falló ante la ausencia de unas infraestructuras económicas, políticas y sociales adecuadas a las nuevas tecnologías. Y cuando se han intentado implantar, se ha demostrado que las instituciones no son fácilmente importables. En la parte sexta, se analizan las bases del BAM que ha intentado implantarse en los países atrasados por el "consenso de Washington". Concluye Kay que, afortunadamente para los norteamericanos, en los Estados Unidos no funciona dicho *Business American Model*. En suma, un libro imprescindible para las mentes inquietas, porque es genial, con pocas limitaciones y con algunas divertidas locuras.

Francisco Comín Comín
Universidad de Alcalá